

SECCION SEGUNDA.

REGLAS PECULIARES Á CADA UNA DE LAS COMPOSICIONES
EN PROSA.

NOCIONES PRELIMINARES.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la elocuencia.

Elocuencia es el arte de hablar de modo que se consiga el fin para que se habla; ó, lo que es lo mismo, el arte de convencer y persuadir por medio de la palabra. Sus reglas no han sido dictadas por el capricho, sino que se fundan en la naturaleza, la cual las sugiere muchas veces en la práctica cuando está sobreexcitada la pasión. Todo hombre colocado en una situación extrema suele ser elocuente, aunque no tenga idea alguna del arte de la elocuencia; y la oratoria no hace sino seguir las huellas que la naturaleza trazó en los hombres, ascendiendo de casos particulares á principios generales.

Las reglas de la elocuencia tienen por objeto prescribir los medios más seguros para hacer un uso ventajoso del don de la palabra. Ellas por sí solas no bastan á formar un hombre elocuente: lo más que el arte puede hacer es desarrollar el germen de la elocuencia donde le haya, y proporcionar al orador todos los medios auxiliares necesarios para conseguir su objeto.

No se sigue de aquí que sean inútiles las reglas, pues además de contribuir á rectificar el gusto y vencer los obstáculos externos, como sucedió á Demóstenes, sirven de guía al hombre de génio señalándole los escollos y tropiezos de que debe huir. Verdad es que hay cierta elocuencia na-

tural concedida por el Cielo á uno ú otro individuo, mas esta nunca llegará á la debida perfección sin los recursos que el arte proporciona.

Dos son los fines que la elocuencia se propone: convencer al entendimiento, y persuadir á la voluntad. La convicción y la persuasión sirven de fundamento á las acciones humanas. Siempre que uno se determina á ejecutar alguna cosa es porque su entendimiento la juzga conveniente. Podrá ser errada esa creencia, como lo es de hecho en muchas ocasiones; mas la voluntad no se mueve generalmente á la práctica sino impulsada por el entendimiento, cuyo dictámen seguiría siempre, si no se opusiera á ello el poder de las pasiones.

De aquí se sigue: 1.º Que para persuadir casi siempre es necesario convencer: 2.º Que la persuasión no puede ser durable cuando no va cimentada en la convicción. En este último caso la voluntad se mueve con tibieza, y por lo mismo retrocede fácilmente del camino que emprendió.

Para convencer á uno es necesario hablar á su entendimiento presentándole con claridad las verdades y principios que se trata de inculcarle, y confirmándolos con razones poderosas, con pruebas sólidas y concluyentes. Son también un poderosísimo recurso para convencer, la notoria probidad del orador, pues el ejemplo es más elocuente aún que la palabra: y las galas de la dicción y del estilo, que tanto contribuyen á conciliar los ánimos y á fijar la atención de los oyentes.

Para persuadir es preciso hablar á la imaginación haciendo una viva y enérgica pintura de los objetos, poner en movimiento las pasiones y tocar los varios resortes del corazón, pues una vez herido, los sentimientos que de él broten pondrán en conmoción al alma, y la voluntad no podrá menos de obrar.

No es este el lugar acomodado para hacer ver la importancia de la elocuencia y la eficacia de su poder. Bastará observar que entre todas las artes no hay una que ejerza mayor dominio sobre el corazón humano. Conmueve, excita ó reprime las pasiones, según conviene á sus particulares miras, y manejando las voluntades á su arbitrio, triunfa de la indecisión, vence la resistencia, quebranta la arrogancia, añade estímulos á la virtud, y de los más helados pechos hace brotar el fuego del entusiasmo. La elocuente voz de un solo hombre ha bastado en ocasiones á salvar á todo un pueblo, y el apasionado acento de una madre supo detener un ejér-

cito vencedor ante los muros de Roma. Ójala que el hombre, comprendiendo sus deberes, no abusara nunca de este arte divino, y le empleara solo para escudar al inocente, confundir al culpable, defender los sacrosantos fueros de la justicia, incitar á las acciones heroicas, despertar los sentimientos generosos, difundir, en fin, las luces de una filosofia sana y reparadora, compañera inseparable de la virtud, sin la cual no hay bienestar posible.

CAPÍTULO II.

Breve resúmen histórico de la elocuencia antigua.

§. 1.º

Elocuencia griega.

Si tratáramos aquí de la elocuencia natural, hija de la pasión, la hallaríamos sin duda donde quiera que hubo hombres desde el principio del mundo. Pero considerándola como un arte sujeto ya á las prescripciones de la sana crítica, encontramos sus primeros vestigios en el establecimiento de las repúblicas de Grecia. La vida nómada y errante de las sociedades primitivas, y su falta de civilización y cultura, no eran cosas compatibles con un arte que supone una instrucción sólida y variada. Los primeros imperios que tuvo el mundo, el asirio y el egipcio, fueron despóticos, y los ciudadanos más bien obedecían por el temor de la pena, que movidos de la persuasión. Por otra parte, antes de la invención de la escritura no era fácil dar duración al pensamiento, y las felices inspiraciones del génio espiraban en los labios del hombre, no pudiendo el arte fundar sobre ella observaciones filosóficas para aplicarlas á casos análogos.

Entre todas las repúblicas de Grecia ninguna cultivó la elocuencia con tanto esmero como la de Atenas. Mirábanla como el medio más seguro de adquirir poder é influjo, y la elevaron á tal grado de perfección, que el gusto ático y la manera ática pasaron á proverbio. Los atenienses no buscaban tanto el hacerse admirar, como el dominar los ánimos para que aceptasen lo útil y conveniente: así es que su elocuencia tenía más de enérgica que de brillante.

Pisistrato y Pericles fueron los primeros oradores que

llamaron la atención en Grecia. La elocuencia del segundo era tan robusta y vigorosa, que para encarecerla sus ciudadanos decían que *tronaba cuando hablaba lanzando rayos como Jupiter.*

Cleon, Alcibiades, Cricias y Terámenes fueron los sucesores de Pericles. Amaestrados en la escuela práctica de los negocios y debates públicos, se distinguieron por su estilo nervioso, vehemente y conciso más de lo justo. De Alcibiades, educado en la casa misma de Pericles, dice Cornelio Nepote que nada podia resistir á la fuerza de su palabra.

El gran prestigio de que empezó á verse rodeada la elocuencia excitó la emulación y rivalidad en otros talentos inferiores, y dió origen á la famosa escuela de los sofistas ó retóricos. Jactábanse de enseñar á sus discípulos á hablar en pro y en contra de cualquier causa, y hacer oraciones de todo género. Redujeron el arte á sistemas más ó menos caprichosos, según sus inclinaciones ó gustos, y abandonando la senda de sus predecesores, vinieron á confundir la verdadera elocuencia con las cavilaciones y sofismas. A este número pertenecieron entre otros Protágoras, Pródicas, Trásimo, Corax, Tisias y Gorgias Leontino.

Sócrates fué el primer impugnador de los sofistas, á quien siguió despues Isócrates, maestro de elocuencia. Los retóricos que florecieron hasta este tiempo, enseñaban aritmética, geometría, música, política y economía; pero despues de Isócrates limitaron su enseñanza á la gramática, retórica, poesía é historia, la cual cultivaban con especial predilección.

De la misma época son tambien Lisias é Iseo, maestro este último del gran Demóstenes, príncipe de los oradores griegos.

Si el arte fuera capaz de vencer á la naturaleza, diríamos que en Demóstenes se habia obrado este prodigio: tan grandes fueron los esfuerzos que empleó para llegar á ser el hombre más elocuente de cuantos le habian precedido y de cuantos despues le siguieron. Habiendo perdido muy temprano á su padre, que ejercía la profesion de armero en las cercanías de Atenas, se entregó en los primeros años á la más loca disipacion, y nadie hubiera podido adivinar el gran ruido que estaba destinado á hacer en el mando como orador. Nunca habia mostrado inclinacion á la elocuencia, hasta que oyendo perorar al célebre abogado Calistrato, se sintió como inflamado de repente, y entró en deseos de consagrarse á la oratoria. Estudió retórica con Iseo, oyó las lecciones filosóficas

de Platon, y para formar su propio estilo, copió hasta siete veces las obras de Tucídides, ensayándose en la composicion con sin igual constancia. Dejóse ver por primera vez en el foro persiguiendo á sus tutores, y alentado con el triunfo que sobre ellos obtuvo, se arriesgó á comparecer en la tribuna pública, donde fué menos afortunado, pues tuvo que abandonarla por dos veces perseguido por las burlas y risas de la multitud.

Vivamente impresionado de un éxito tan poco lisonjero, no por eso desmayó, antes bien reconociendo sus propias faltas, señaladamente en la pronunciacion y los ademanes, se propuso corregirlas con un trabajo asiduo y porfiado. Se encerró en un subterráneo para estudiar sin distraccion, ponía un espejo delante para corregir sus maneras y movimientos, y gesticulaba á veces sobre la punta de una espada desnuda, recitando en alta voz los discursos que habia mandado á la memoria. Para acostumbrarse al ruido y al estrépito de las juntas populares, se situaba con frecuencia á las orillas del mar, al cual arengaba apasionadamente procurando dominar con su voz el estruendo de las olas. Por último, siendo algun tanto tartamudo, se ponía en la boca unas piedrecitas y recitaba algunos versos difíciles, trepando al mismo tiempo cuesta arriba, hasta que en fuerza de ensayos repetidos logró adquirir una pronunciacion clara, fácil y expedita, llegando al fin á verse coronados sus esfuerzos del éxito más feliz.

Varía mucho la opinion de los críticos sobre la naturaleza y carácter del talento oratorio de Demóstenes. Unos le dan más génio que arte, lo cual no parece avenirse muy bien con los grandes esfuerzos que empleó par'a colocarse á tanta altura. Otros creen descubrir en su elocuencia el resultado de una laboriosidad lenta, tenaz y profunda, más bien que el producto natural y espontáneo de su imaginacion. De este último sentir es Quintiliano, y aun el mismo Ciceron confiesa que el orador griego se habia remontado á lo más sublime del arte, y que debian estudiar sus obras cuantos quisieran iniciarse en todos los artificios de la elocucion.

La fuerza y vehemencia constituyen los rasgos más felices de su génio oratorio. Más atento al fondo que á las formas, nunca intenta hacer resaltar estas á espensas de la energia y movimiento. Su estilo es nervioso, rápido y conciso: sus palabras muy expresivas, la coordinacion interesante y vigorosa. Usa con gran parsimonia de las figuras, y sus discursos no se distinguen por la esplendidez de los

adornos, sino por la incomparable energia de los pensamientos.

Demóstenes tuvo un formidable antagonista en Esquino, célebre orador de aquellos tiempos y enemigo personal suyo. Habiéndosele encargado al primero la oracion fúnebre de los griegos muertos en la batalla de Queroneas, desempeñó su comision con tanto acierto, que Clesifonte propuso al senado que decretase el regalo de una corona de oro para el orador. Opúsose á ello Esquino, y esto dió origen á grandes debates, y á los más bellos discursos pronunciados despues por uno y otro. La lucha se prolongó por mucho tiempo, hasta que vencido Esquino en su última acusacion contra Demóstenes, se retiró á Rodas, donde abrió una cátedra de elocuencia.

La elocuencia griega casi murió con Demóstenes, como la romana debia faltar más adelante con Ciceron, y volvió á caer en aquella manera lánguida y pueril que introdujeron los retóricos y sofistas. Demetrio Falereo descolló algo más tarde entre otros oradores, pero su carácter era enteramente opuesto al de Demóstenes, más propio para deleitar que para mover. *Delectabat Athenienses*, dice Ciceron, *magis quàm inflammabat*.

§. 2.º

Elocuencia romana.

La elocuencia romana apenas merece fijar la atencion hasta despues de la conquista de Grecia. Los romanos, enteramente dados á la guerra, y no soñando en otra cosa que en el logro del imperio universal, no podian hacer grandes progresos en las artes y ciencias, que solo florecen y prosperan bajo el bienhechor influjo de la paz. Y aunque tuvieron algunos oradores que se distinguieron en ciertas ocasiones solemnes, más fué por efecto de su génio y naturales luces que por los recursos del arte. Así es que con razon se echan de menos en su estilo aquellos primores y bellezas que tanto resaltan en los que más adelante cultivaron la oratoria.

La sumision de la Grecia fué para los romanos la más preciosa de todas sus adquisiciones, pues á ella debieron el gran papel que estaban destinados á representar en el mundo como pueblo culto y civilizado. Si Roma venció á Grecia

por las armas, Grecia triunfó de Roma por su sabiduría, y los vencedores tuvieron que reconocer por sus maestros á los vencidos.

Los romanos hicieron maravillosos progresos en las artes y las ciencias despues de la conquista. De ello son buen testimonio sus obras mismas, en las cuales, si no se encuentra aquella encantadora sencillez que caracteriza á las de los griegos, se descubre en cambio más regularidad y más arte. Los griegos eran más originales, los romanos más correctos; aquellos atendian más al fondo que á las formas; estos consultaban á la belleza de las formas sin desatender al fondo, y más de una vez dejaron atrás en sus imitaciones á los modelos mismos que les sirvieron de guia.

Los oradores que empezaron á adquirir fama de tales en los primeros tiempos de la civilizacion romana fueron Marco Cornelio Cetego, Marco Porcio Caton el Censor, Cayo Lelio y Publio Escipion el Africano. Pero aunque estos llegaron á conquistarse gran crédito en la oratoria, y aunque Ciceron les tributa grandes elogios en varias partes de sus obras, su estilo adolecia de duro, áspero y falto de lima, como él mismo confiesa. Más tarde florecieron Craso, Antonio y Hortensio; pero el que elevó la elocuencia romana al último grado de perfeccion posible fué el inmortal Ciceron, príncipe de los oradores latinos, como Demóstenes lo habia sido de los griegos.

Ningun crítico ha juzgado acaso á Ciceron mejor que Hugo de Blair. Hé aquí en extracto sus palabras: «Las prendas de Ciceron como orador son sin disputa relevantes. Hay mucho arte en sus oraciones. Sus exordios son regulares, y en ellos se insinúa con rara habilidad para fijar la atencion y granjearse el afecto de sus oyentes. Su plan es más claro que el de Demóstenes, y el orden de las pruebas el más propio. Todo está en su lugar: nunca intenta mover hasta despues de haber convencido, y es felicísimo en excitar, especialmente las pasiones blandas. Ninguno conoció mejor el poder de la palabra. Camina siempre con mucha hermosura y pompa, y en la estructura de las sentencias es en extremo pulcro y exacto. Su manera en general es difusa, pero variada con acierto y siempre encaminada al asunto. Esto se echa de ver en sus cuatro oraciones contra Catilina. Cuando algun objeto público excitaba su indignacion, dejando la manera declamatoria á que era inclinado, se mostraba en extremo fuerte y vehemente, como se ve en sus oraciones contra Antonio, contra Verres y contra Catilina.»

Ciceron tuvo tambien sus defectos, que aunque disimulables por las raras dotes y magnífica elocuencia que despliega, conviene apuntarlos sin embargo para no admirarle en todo. En su estilo se refleja muchas veces su carácter orgulloso, busca frecuentemente la admiracion y el aplauso, y cuando se trata de su persona, parece olvidarse de todo para ocuparse de sí mismo: faltas que se notan principalmente en las oraciones que compuso en sus primeros años. Sacrifica á veces la solidez al esplendor de las formas, hace alarde de su talento oratorio, y en ocasiones es más difuso de lo que conviene á la importancia de los pasajes.

«Osaban motejarle sus contemporáneos, dice Quintiliano, de hinchado, de asiático y redundante; de nimio en las repeticiones, frio en las sales, débil y altanero en la composicion, y más afeminado de lo que conviene á un hombre.»

Esta manera de decir prueba que el juicioso crítico no acogia, á lo menos en su totalidad, tales censuras, las cuales debieron de ser muy exajeradas, ya por los enemigos personales del insigne orador, ya por las rivalidades suscitadas entre los partidos ático, asiático y rodio, cada uno de los cuales pretendia para sí la supremacia en la elocuencia.

Los más de los críticos franceses, al comparar á Ciceron con Demóstenes, dan la preferencia al orador latino sobre el griego; pero Fenelon, haciendo el paralelo de uno y otro, concluye con estas palabras: «Ambos oradores me embelesan; pero confieso que no me mueve tanto el arte infinito y la elocuencia magnífica de Ciceron, como la rápida sencillez de Demóstenes.»

Con la muerte de Ciceron se oscureció casi del todo la elocuencia romana, que acabó de viciarse en las escuelas de los declamadores. Y aunque más adelante la propagacion del cristianismo dió origen á la nueva especie de elocuencia que se observa en las obras de los padres de la Iglesia, entre los cuales sobresalieron incomparables escritores, ninguno, dice Blair, nos ofrece un modelo cabal, pues segun vamos bajando, su lenguaje es áspero y en general inficionado del amor á los pensamientos hinchados y estudiados y al juego de palabras.

§. 3.º

Elocuencia moderna.

En ningun pueblo de la moderna Europa ha llegado la

elocuencia al grado de esplendor que tuvo en la antigüedad, y en ninguna parte ha sido un instrumento tan poderoso como en las asambleas populares de Grecia y Roma.

«La Francia y la Inglaterra, dice Hugo de Blair, son los dos países donde más era de esperar el espíritu de elocuencia; pero ni en uno ni en otro se elevó jamás á la altura que tuvo entre los antiguos. Los ingleses tienen algunos oradores que han figurado en los debates del Parlamento; pero más bien ha sido por efecto de su pericia en los negocios públicos que por sus talentos oratorios. Cuentan en el foro algunos abogados hábiles, pero pocos alegatos suyos han llegado á la posteridad, como entre los franceses los de Patru, Cochin y D'Aguesseau, citados muchas veces como modelos de elocuencia. Están muy atrasados, sobre todo en el arte de predicar, y no pueden citarnos un Bossuet, un Massillon, un Bourdaloue y un Flécher, gloria del púlpito francés.

»La diferencia característica del estado de la elocuencia entre unos y otros, prosigue el mismo autor, está en que los franceses han adoptado ideas más altas de agradar y persuadir, aunque no siempre las llenan en la ejecucion; y los ingleses han tomado una clave más baja, aunque la ejecucion es más correcta.

»Hay varias razones, concluye, para que la elocuencia moderna no haya hecho mayores progresos. El correcto modo de pensar en que tanto estudio se ha puesto en los últimos tiempos hace que estemos prevenidos contra las flores de la elocuencia, y que sospechemos de los ardides de la oratoria; y precisados á ser más contenidos que los antiguos en las tentativas para elevar la imaginacion é inflamar las pasiones, se amortigua acaso y apaga demasiado nuestro génio. También es verosímil que tenga mucha parte en ello nuestra complexion flemática y fría. La sensibilidad y la vivacidad de los griegos y romanos fueron mucho mayores que las nuestras, y á ellas debieron la ventaja en el gusto esquisito de las bellezas de la oratoria. También deben tenerse en consideracion las circunstancias particulares de las dos grandes escenas de la locucion pública entre ellos, á saber: las juntas populares y el foro.»

CAPITULO III.

Composiciones en prosa.

Las obras literarias se dividen en dos grandes secciones, segun que están escritas en prosa ó en verso. Aquí vamos á hablar de las primeras, dejando las segundas para el tratado de la poética.

Las composiciones en prosa comprenden cuatro géneros: *el oratorio, el histórico, el didáctico y el epistolar*. El 1.º tiene por objeto convencer y persuadir; el 2.º exponer los sucesos pasados; el 3.º instruir en las artes ó en las ciencias; el 4.º da reglas para comunicarse por escrito con los ausentes.

Género oratorio.

Discursos oratorios, oraciones ó arengas, son los razonamientos pronunciados de viva voz delante de un auditorio, asamblea ó concurso más ó menos numeroso. Estos razonamientos constituyen tres distintas especies de oratoria, segun que es el púlpito, el foro ó la tribuna el teatro del orador, y segun que este se propone instruir y mejorar al pueblo, defender los sacrosantos fueros de la justicia ó ventilar asuntos de interés más ó menos general.

Los antiguos dividieron los discursos públicos en tres géneros que llamaron *demonstrativo, deliberativo y judicial*. El fin del primero era la alabanza ó el vituperio; el del segundo persuadir ó disuadir; el del tercero acusar ó defender. En el *demonstrativo* incluian los panegíricos, las invectivas y las oraciones gratulatorias ó fúnebres: en el *deliberativo* los asuntos de interés público ventilados en el senado ó en las asambleas populares: en el *judicial* todos los concernientes al foro.

Esta division coincide en parte con la nuestra; pues la oratoria *forense* es la que ellos llamaban judicial; y la *política*, aunque por la mayor parte del género deliberativo, admite también el demostrativo. Solo la *sagrada* no puede referirse con propiedad á ninguno de los tres géneros que distinguieron los antiguos. Siguiendo pues la clasificacion de los modernos como más clara y más conforme á nuestras cos-

tumbres, trataremos 1.º de la oratoria *sagrada*: 2.º de la *forense*: 3.º de la *politica*. Mas antes de todo expondremos las reglas generales que son comunes á las tres.

CAPITULO IV.

Reglas generales de la oratoria.

Partes de un discurso.

Las partes de un discurso completo pueden reducirse á cuatro: *exordio*, *proposicion*, *confirmacion* y *peroracion* ó *epilogo*. La proposicion y confirmacion son absolutamente indispensables; porque así como en todo silogismo ha de haber una conclusion que probar y un argumento que la pruebe, así en todo discurso ha de haber un tema ó asunto anunciado por la *proposicion*, y razones que demuestren la verdad ó conveniencia de ese mismo tema ó asunto, y esto corresponde á la *confirmacion*. Pero como suceda muchas veces, dice Vosio, que el hombre no se deja mover de las razones, es preciso ganarle con los afectos. Por eso en determinadas ocasiones son necesarios el *exordio* y el *epilogo*; aquel para conciliar los ánimos, este para mover el corazon. La *division*, *narracion* y *refutacion* que cuentan otros como partes distintas del discurso, se refieren, como luego veremos, á una de las cuatro dichas, de las cuales vamos á tratar por su orden.

§. 1.º

Exordio.

Exordio es la primera parte del discurso en que el orador prepara el ánimo de los oyentes para que reciban favorablemente lo que se propone decir. Esto es lo que Ciceron y Quintiliano llaman *hacer dóciles*, *benévotos* y *atentos á los oyentes*. Siendo este y no otro el objeto principal del exordio, siguese que puede omitirle el orador cuando está seguro de la docilidad, atencion y benevolencia del auditorio. Pero como rara vez podrá tener entera confianza en esto, es lo más acertado dar principio por una introduccion más ó ménos breve segun las circunstancias, pues el entrar repen-

tinamente en materia argüiria cierto exceso de confianza que podría lastimar el amor propio de los que escuchan.

Distínguense tres géneros de exordios: *legítimo*, *impetuoso* ó *abrupto*, y *de insinuacion*. Se llama *legítimo* cuando el orador empieza á hablar sencilla y directamente sacando los primeros pensamientos del fondo ó de las circunstancias mismas del asunto: *impetuoso* ó *abrupto* cuando el orador, excitado por fuertes pasiones, empieza á hablar lleno de fuego y energia; *de insinuacion* cuando por temor de que los oyentes estén preocupados contra él ó contra las verdades que les quiere proponer, se vale de ciertos artificiosos rodeos para irse apoderando poco á poco de sus ánimos, y hacer que le escuchan favorablemente. Puede servir de modelo para el exordio legítimo el que emplea Ciceron en la oracion *pro lege Manilia*: «*Quamquam mihi semper frequens;*» para el impetuoso el de la Catilinaria: «*Quousque tandem;*» y para el de insinuacion el de la oracion *pro Ligario*: «*Novum crimen*» etc.

El exordio ha de ser fácil y natural, y ha de tener tal conexion con el discurso, que parezca como nacido de su mismo fondo, ó de las circunstancias, ya del asunto, ya del orador, del tiempo, del lugar, etc., para que no haya quiebra en la unidad, dote esencial á toda composicion. Debe anunciarse con las expresiones mas correctas, y con el mayor esmero de estilo; no porque estas dotes hayan de descuidarse en el resto del discurso, sino porque en el exordio hay necesidad de interesar más que en ninguna otra parte, pues se trata de ganar los ánimos, y es muy peligroso que por cualquier concepto se preocupen una vez contra el orador. Este debe expresarse con dignidad, pero con modestia, guardando al público las debidas consideraciones, y hablando con moderacion de sí mismo, sin arranques de orgullo ó menosprecio que puedan mortificar de cualquier modo á los oyentes. El exordio debe además conducirse de una manera tranquila, pues no es el lugar propio para desplegar la vehemencia ó excitar las grandes pasiones, á no ser cuando las circunstancias justifiquen el uso del *abrupto*. Tampoco se ha de anticipar en él ninguna prueba, porque perderia el discurso toda su gracia y novedad. Por último, debe ser proporcionado al resto del discurso en duracion y en género; es decir, ha de estar escrito en el tono general que se dé á toda la pieza, y no ser más ó ménos largo de lo que ella pida. Aunque no pueda señalarse una regla general que fije la extension del exordio, se calcula que podrá ser

suficiente ocupar con él como una sexta parte de la composición.

§. 2.º

Proposición.

Llámase *proposición oratoria* la parte del discurso donde se anuncia la cuestión ó punto de que se va á tratar. Puede ser simple, compuesta é ilustrada. Es *simple* cuando abraza un solo punto. Tal es la que Ciceron asienta hablando con César en la oración *pro M. Marcello*, cuando dice: «Entre todas las glorias que hasta aquí te has conquistado, ninguna puede igualarse á la que consigues hoy perdonando á Marcelo.» Llámase *compuesta* cuando abraza dos ó más puntos, como la siguiente del mismo Ciceron en la oración *pro lege Manilia*: «Voy á hablar: 1.º de la calidad de esta guerra; 2.º de su importancia; 3.º del general que conviene elegir.» Por último, recibe el nombre de *ilustrada* cuando se añaden reflexiones que la desenvuelvan, ó se recuerdan hechos ya sabidos, ó se explanan otros no bien examinados y que conviene tener presentes para la cabal inteligencia del asunto. Puede servir de ejemplo la que Ciceron emplea en la oración *pro Ligario*: «Quintus igitur Ligarius, cum esset adhuc nulla belli suspicio,» etc.

La proposición compuesta es la que llaman otros *división*, y la ilustrada la que designan con el nombre de *narración*, las cuales, como es fácil inferirlo de lo dicho, no son en rigor partes distintas del discurso.

La proposición generalmente se coloca despues del exordio, aunque algunos la dejan para despues de la narración, especialmente cuando hay necesidad de algunas preventivas reflexiones para que aquella pueda ser bien comprendida. Veamos ahora las calidades propias de cada una.

La proposición *simple* debe ser *clara*, para que los oyentes penetren su verdadero sentido sin esfuerzo; *concisa* para que puedan retenerla fácilmente en la memoria; y *formulada sin la menor afectación*, para que la reciban con agrado.

La proposición *compuesta* ó *división* debe reunir las siguientes condiciones: 1.ª Las partes han de ser realmente distintas sin incluirse las unas en las otras: 2.ª La divi-

sion ha de ser completa, sin excluir ninguno de los puntos principales que debe abrazar el discurso: 3.ª Debe ser metódica, esto es, debe gradualmente pasar de lo conocido á lo desconocido, ó de los puntos más sencillos á los más complicados que suponen la inteligencia de los primeros: 4.ª Ha de expresarse en términos concisos, pero claros, para no cargar inútilmente la memoria: 5.ª Por último, se han de reducir al menor número posible las subdivisiones, observando en cada una de estas las mismas reglas que se han dado para la proposición simple.

La proposición *ilustrada*, segun se desprende de lo arriba dicho, puede serlo de dos modos, ó porque se aducen reflexiones, ó porque se refieren hechos. En el primer caso las observaciones que se hagan han de ser traidas en sazón, empleadas con la posible sobriedad, y necesarias para la cabal inteligencia del asunto, con el cual deben tener una conexión natural. Mas si la ilustración consiste en la exposición de algunos hechos (y entonces se llama propiamente *narración*), ha de procurarse referirlos con ingenuidad y exactitud, sin desfigurarlos ni menos faltar á la verdad, pero al mismo tiempo presentándolos del modo más favorable á la causa de que se trata. La narración debe ser además clara y metódica, lo más breve que se pueda, omitiendo en ella toda circunstancia inútil, y no empleando otras reflexiones que las más importantes sugeridas por los hechos mismos. En estas reflexiones nunca ha de insistirse mucho; han de ser como cogidas al paso, aprovechándolas con destreza para que sirvan de fundamento á la confirmación. Por último, ha de observarse con escrupulosa puntualidad el orden de los tiempos, sin confundir fechas, lugares, personas y demás circunstancias; y se ha de atender mucho á la verosimilitud, exponiendo los hechos como pueden ser posibles, y guardando las leyes todas del decoro, así en orden á las épocas y países, como á las personas, sus géneos, caracteres, situaciones, etc.

Aunque la narración debe hacerse con toda la sencillez posible, no excluye por eso los adornos oratorios donde lo exijan las circunstancias, con tal que sean templados por punto general y no se prodiguen en demasia.

§. 3.º

Confirmacion.

Confirmacion oratoria es la parte del discurso donde se demuestra con pruebas y razones la verdad anunciada en la proposicion. Pero sucede algunas veces, especialmente en causas difíciles ó dudosas, que para obtener un convencimiento pleno no se limita á probar su aserto el orador, sino que rebate las pruebas ú objeciones de la parte contraria, ó desvanece las dificultades que pudieran suscitarse contra la verdad ó conveniencia de lo que dice, y á esto se llama *refutacion*, la cual no es rigurosamente una cosa distinta de la confirmacion, sino más bien el complemento de ella, porque el pulverizar y destruir las razones del contrario, no es sino confirmar más y más las nuestras.

La confirmacion es la parte más principal donde se encierra toda el alma y toda la vida del discurso. En ella es donde más que en ninguna otra se propone el orador el doble fin de *convencer* el entendimiento y *persuadir* á la voluntad. Lo primero se consigue con pruebas sólidas; lo segundo tocando los resortes del corazon.

Al entendimiento se le puede llevar la conviccion por diferentes caminos. Unas veces se le hace ver la verdad de una cosa desconocida por comparacion con una conocida; otras demostrándole el absurdo ó repugnancia que se seguiria de admitir lo contrario de lo que se propone; ya aprovechando la flaqueza de nuestro adversario para probar con sus mismas palabras lo que se intenta; ya por ilaciones y consecuencias legítimas de un hecho innegable, etc.

De ahí es que segun el medio de prueba de que nos servimos, así reciben diferentes nombres los argumentos. Si es una verdad común y de todos admitida, se llama argumento *positivo*. Si un dicho ó hecho del contrario, ó de aquellos á quienes se intenta convencer, se dice *personal* ó *ad hominem*. Si es una cosa falsa, pero que por mera concesion se admite hipotéticamente, se llama argumento *condicional*. Si es un hecho que tiene alguna analogia con lo que intentamos probar, se llama *semejanza*, y si es de la misma especie *ejemplo*. Este puede ser de tres modos; porque ó el ejemplo es concluyente con razon idéntica, y entonces se llama *argumento a pari*, ó concluye con mayor razon aún, y se llama *a fortiori*,

ó por la razon contraria, y entonces se denomina *a contrario*. En las oraciones de Ciceron se encuentran á cada paso muestras de todas estas clases de pruebas.

La oratoria sagrada tiene además argumentos de un órden superior, que no se apoyan en los débiles fundamentos de la razon humana: tales son las Escrituras Santas, la autoridad de los Padres de la Iglesia, las decisiones de los Concilios, las definiciones pontificias, etc.

Con respecto al uso de las pruebas se tendrá presente: que han de ser sólidas desechándose las poco concluyentes; no han de mezclarse unas con otras las que sean de distinta naturaleza; han de colocarse en aumento progresivo para ir rindiendo gradualmente los ánimos; no han de ampliarse bajo todos los aspectos que puedan ofrecer, para no abusar de la paciencia del auditorio, aunque si conviene extenderlas con prudencia, especialmente en causas dudosas; han de tener la posible novedad, han de ser propias de la materia que se trata, y por último, deben distribuirse con acierto y estar al alcance de aquellos á quienes se intenta convencer.

Los antiguos retóricos señalaban varios lugares comunes que llamaban *tópicos*, como fuentes de donde habian de sacarse todos los argumentos. Pero no nos hagamos ilusiones: la verdadera fuente es el natural ingenio, una instruccion sólida, el estudio detenido de la materia, el exámen minucioso del asunto y de todas las circunstancias del lugar, tiempo, persona, modo, etc., la práctica en componer, y el buen gusto formado con la asidua lectura de los grandes modelos. Al que posea esas cualidades no le faltarán razones fuertes y poderosas para convencer: razones que brotarán espontáneamente de los hechos mismos ó de sus circunstancias; mientras que al que carezca de las dotes necesarias de poco le servirán los mencionados recursos oratorios (1).

(1) Los retóricos señalan dos clases de *tópicos* ó *lugares comunes oratorios*: unos *intrínsecos* y otros *extrínsecos*. Llamam *intrínsecos* á los que nacen del fondo mismo de la causa; y *extrínsecos* á los que se toman de afuera, y de consiguiente no son necesarios para que la causa subsista y sea tal cual es. De los *intrínsecos* cuentan diez y seis, *definicion, distribucion ó enumeracion de partes, causa, género, diferencia ó especie, efectos, adjuntos, antecedentes, consiguientes, etimologia, derivados, semejanza y desemejanza, comparacion, contrarios y repugnancia*. Llamam *adjuntos* á las circunstancias que pueden concurrir en la accion, esto es, *quién es el autor, de qué clase es la accion,*

Hay otra clase de argumentos indirectos que llaman *costumbres oratorias*, y nacen de la confianza que debe inspirar á los oyentes la autorizada voz del orador. Estos no tienen un lugar determinado en el discurso, sino que se van sembrando en los lugares más convenientes según las circunstancias.

A esta clase de argumentos pertenecen los esfuerzos que en tal ó cual pasaje hace el orador para mostrarse convencido de lo que dice, por aparecer honrado, probo, imparcial, amante de la justicia, etc. Estos medios serán de tanto mejor efecto cuanto sean más naturales, es decir, cuando no haya en ellos afectación ni revelen artificio, sino que parezcan hijos de los sentimientos nobles y generosos que animan al orador. Ya hemos dicho en otra parte que el ejemplo es más elocuente que la palabra: no en vano los antiguos definían al orador: *vir bonus dicendi peritus*: «Un hombre probo que posee el arte de bien hablar.»

Con respecto á la *refutación* debe saberse que al rebatir las pruebas del adversario y deshacer sus objeciones, han de presentarse estas con ingenuidad y candor sin desfigurarlas ni darles diferente aspecto del que deben tener, combatiéndolas con dignidad y nobleza y con las armas de la verdad, no con las de la cavilación ó el sofisma. Aunque la refutación puede tener lugar en diferentes géneros de discursos, es más propia sin embargo de los forenses.

Hasta aquí hemos hablado de los medios relativos á la convicción del entendimiento: réstanos tratar de los concernientes á la persuasión de la voluntad, que es lo que en retórica se llama *moción de afectos*.

Es tan indispensable en ocasiones poner en movimiento el corazón, que sin este requisito no logrará el orador que se determine á obrar la voluntad. Para conseguirlo, debe poner á la imaginación en aquel tono de ideas más propio para excitar la conmoción que busca, pintando el objeto de la pasión con los colores más vivos y fuertes, y expresándose con tanta verdad y energía que parezca nacer las palabras de un pecho herido y profundamente penetrado. Esto

dónde se ejecutó, por qué medios, con qué fin, en qué tiempo, lo cual expresan comunmente por estas palabras: *quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando*.—Entre los lugares *extrínsecos* cuentan la *leyes, los testigos, la voz pública, la autoridad y ejemplos, la declaración de la parte, las escrituras legales*, etc.

es lo que aconseja Horacio cuando dice: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*.

Pero no todos los asuntos admiten el patético, ni este ha de tener lugar precisamente en una determinada parte del discurso, sino que debe aprovecharse el momento más oportuno para inflamar el corazón, cogiendo á los oyentes como por sorpresa, y sin que ellos lleguen á comprender que el orador trata de conmoverlos. Esto, como observa Blair, es obra del buen sentido. De todos modos, debe tenerse en cuenta que para inspirar una pasión duradera es preciso haber ganado de antemano al entendimiento; lo cual quiere decir que, cualquiera que sea el lugar donde se excite éste ó el otro afecto, se procure convencer antes de persuadir. Por último, no se ha de divertir el ánimo con adornos, pinturas ó pensamientos extraños á las conmociones ardientes que se intentan, ni se ha de insistir mucho en los pensamientos apasionados, porque estos tienen al ánimo en un estado violento que no puede ser durable.

§. 4.º

Epilogo.

El *epilogo* es la última parte del discurso. En él se recapitula lo más importante que se ha dicho en la oración, tocando ligeramente los puntos más capitales, animándolos con reflexiones breves y llenas de interés, y moviendo los afectos si se juzga conveniente, todo con el fin de acabar de rendir los ánimos con este último golpe.

El orador debe redondear siempre su discurso de manera que tenga un final que satisfaga al auditorio: de otra suerte pudiera parecer que la oración no estaba concluida, ó que aquel había dejado de hablar por habersele agotado los recursos. Pero el epilogo ó recapitulación propiamente dicha solo se emplea por lo comun en causas difíciles ó dudosas.

Aunque la moción de afectos puede tener lugar, como se ha visto, en cualquiera parte del discurso, generalmente hablando se coloca más bien en el epilogo, que en este caso recibe el nombre de *peroración*.